



Sobre historia de ayer y de hoy...

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 59 – 26 de Octubre de 2015

ESPECIAL

José Antonio, hoy (1 de 6)

**Tras las huellas de Jose Antonio en Madrid...
...sus pasos contados**

Alfredo Amestoy

Escritor

Después de *El Madrid de José Antonio*, de Tomás Borrás,... poco queda por decir en torno al «ir y venir» en la capital del fundador de Falange y último fundador de las Españas. En su caso, como en el de Fray Junípero andando el Norte de América o Simón Bolívar, cabalgando la América maya, la inca y la del Sur o Juan Sebastián Elcano, navegando las aguas de toda la Tierra, el itinerario vital, existencial, esencial, marca al itinerante. José Antonio es itinerante en Madrid.

No descubrió mundos, no conquistó continentes, no colonizó pueblos, pero desde un poblachón manchego, desde Madrid, concibió un nuevo universo sin espacio en una «unidad de destino» sin tiempo.

Tomás Borrás dibujó e interpretó con acierto las «idas y venidas» de José Antonio en aquel Madrid que, en las primeras décadas del siglo xx, y pongo a dos Pedros por testigos, Pedro Rodríguez Ponga y Pedro Sainz Rodríguez, quiso parecerse más que a París, a Londres o a Berlín, a Nueva York.

Tiene razón Raúl Guerra Garrido cuando dice que «La Gran Vía es Nueva York» y el tiempo en que yo llevo viviendo en esa calle me lo confirma con creces. Hago este comentario para situar a José Antonio, un hombre con sentido universal, en una ciudad de un millón de habitantes y que a diferencia de algunos como Lorca, Neville, López Rubio, Dalí, y otros españoles, no necesita cruzar el charco ni viajar por Europa.

Lo único que se puede hacer con el mapa que dibujó Borrás con los caminos madrileños de José Antonio es «buscarles la vuelta» y en cuando a sus pasos... contarlos. Porque eso sí... Sus pasos, que nunca fueron «pasos perdidos», hay que encontrarlos.

No es tarea fácil porque José Antonio no fue un andarín como había sido Larra, Mesonero, Sawa o, después, Carrere, Baroja o Azorín, cuyos pasos y paseos son bien conocidos. Baroja y Azorín eran capaces de hacer en el mismo día la subida hasta los Altos del Hipódromo o el descenso hasta el cementerio de Delicias. En tiempos más recientes, otro escritor y periodista como Enrique de Aguinaga puede coger el Metro en Santo Domingo y subir hasta Cuatro Caminos para,

luego, caminar, cuesta abajo, hasta la Gran Vía. Así, claro, el maestro de periodistas ha llegado a nonagenario y se encamina, impasible el ademán, hacia los cien.

El joven José Antonio -aún veinteañero- que montaba a caballo y hacía deporte, caminaba poco porque utilizaba mucho el automóvil. Le gustaban los coches y, austero y discreto en otras costumbres y aficiones, no fue recatado en lucir últimos modelos, incluso de colores llamativos. Por ejemplo, un Chevrolet amarillo o un descapotable escarlata del que habla, si no me equivoco, Giménez Caballero.

Antes de la República, y después también, sólo en la Gran Vía, hubo más de media docena de concesionarios de automóviles de lujo que daban un brillo especial a los grandes escaparates de aquellos edificios recién construidos. La señorial calle, aún sin terminar del todo, no sólo era más elegante que hoy día sino más distinguida, por lo que a los visitantes ocasionales les producía admiración y cierto escándalo.

El proletariado madrileño que procedente de Cuatro Caminos y del barrio de Tetuán estrenaba el recién inaugurado ferrocarril Metropolitano, por un billete que costaba quince céntimos y en quince minutos, tenía a su alcance la Gran Vía. En un cuarto de hora cambiaban sus casas bajas y sus humildes calles por un mundo que sólo habían visto en alguna película... si es que habían ido ya al cine. Es muy posible que lo que comenzó siendo objeto de admiración y complacencia, pudo convertirse en agravio para las clases más desfavorecidas que quizás se sintieran molestas al comparar el Madrid de los barrios bajos con el lujo que reinaba en una calle que no envidiaba las de Nueva York.

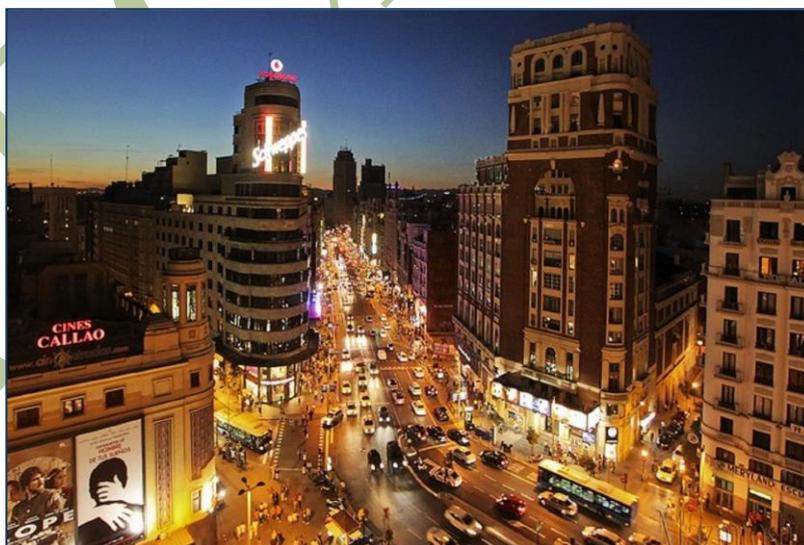
La Gran Vía

Me faltan datos pero poseo el argumento de que la «despampanante» Gran Vía pudo constituir un insulto para la clase trabajadora y una provocación que echó más leña al fuego del descontento ciudadano, caldo de cultivo de la guerra civil. Tanto derroche no encajaba con el pudor y los miedos reverenciales del español humilde que, se dijo, no se atrevía a pisar la Gran Vía vestido en traje de faena o poco aseado y, cuando lo hacía, de Pascuas a Ramos, se vestía «de domingo».

Ya que estamos en esta «emblemática» calle, vamos a iniciar aquí una sencilla evocación del Madrid que frecuentó José Antonio. Era nuestra intención comenzar por la Plaza de París, las Salesas y la calle Génova, donde nació y pasó su primera infancia nuestro personaje, pero no está mal que nos quedemos en la Gran Vía que es por donde a hombros de sus camisas azules y dentro de un féretro cruzó por última vez Madrid, camino de El Escorial, donde sus restos descansarían hasta su traslado al Valle de los Caídos, que quiera Dios sea su último destino.

José Antonio amaba la Gran Vía, no en balde la había visto hacer desde que tenía siete años y empezaron las obras hasta que tenía treinta y tres y le encierran en la Cárcel Modelo.

En el segundo tramo de la Gran Vía, que desde 1925 y hasta la guerra se llamó Pí y Margall, tuvo la Falange uno de sus primeros despachos y fue allí donde se celebraban las reuniones de José Antonio con Ramiro Ledesma y Onésimo Redondo. También estuvo junto a Callao, en el actual número 50 de la Gran Vía la revista *FE*, de la que hablaremos más tarde.



Plaza del Callao

Porque si hubiera que precisar la zona de la Gran Vía que más transitó durante la República, fue la Plaza del Callao. Le gustaba el Edificio Carrión en cuyo bar tomaría algún cocktail que otro; el cine Capitol, el más moderno de Europa en aquellos años y donde José Antonio asistió al estreno de grandes películas; por ejemplo «Tres lanceros bengalíes», con Gary Cooper, una de las últimas películas que pudo ver y, curiosamente, la que reconoció como su película favorita. Es a esta plaza del Callao a donde José Antonio llegaba fácilmente desde el que fue su último despacho en la Cuesta de Santo Domingo, número 3. En Callao, además del Hotel Florida, residencia de viajeros importantes de todo el mundo, el Palacio de la Prensa era un hervidero de inquietudes artísticas y literarias. Famosos pintores y escritores se habían instalado en esta «casa de los periodistas» que había construido y prestigiado Francos Rodríguez. En este lugar estableció García Lorca su querida fundación para la difusión del teatro y que se llamó «La Barraca», oportunidad del granadino para lucir el mono azul obrero que ya había vestido Giménez Caballero y que también se pondría José Antonio en la Cárcel Modelo. En la Plaza del Callao se pudieron ver muchas veces Federico y José Antonio. Y en las inmediaciones, en la calle Miguel Moya, 3, en la taberna vasca OR-KON-PON, el día 3 de diciembre de 1935, José Antonio reúne a un grupo de poetas y al músico guipuzcoano Tellería para componer un himno para la Falange que se conocerá como el «Cara al sol». No ocurrió porque, como dicen en Granada, «no encartó», pero vaya usted a saber qué hubiera pasado si José Antonio tropieza aquella tarde con Federico, le invita a entrar en el bar y le pide que le haga una frase para el himno y García Lorca pone su flor entre las rosas y las flechas y «volverá a reír la primavera». Cosas más difíciles se han visto. Por ejemplo que, sin que pasara un año, los dos iban a ser fusilados por el odio cainita.

No es grande pero es una gran plaza esa Plaza del Callao donde acontecen los hechos más reveladores que, años antes, ocurrían en la Puerta del Sol.

Me contaba Rodríguez Ponga que a principios de 1931, al salir de la Universidad, salió de San Bernardo por la Gran Vía y al pasar por Callao vió cómo Alfonso XIII abandonaba el Palacio de la Prensa donde habría asistido a algún acto oficial. Y no pudo dar crédito a lo que vieron sus ojos. Al paso del monarca camino de su coche los peatones que se habían detenido a observarle, salvo un par de ellos, nadie se descubrió. Y añadía Rodríguez Ponga que «no eran proletarios ni gente del pueblo, que éstos no transitaban por la Gran Vía; eran burgueses, caballeros de sombrero y buen gabán, acostumbrados a destocarse no sólo ante al rey sino ante cualquier señora. Yo no tenía veinte años pero pensé que había llegado el final de la Monarquía y era inevitable la República. No pasaron tres meses y España era republicana».

Esta anécdota tan curiosa del fino e inteligente, desde muy joven, Pedro Rodríguez Ponga, acredita el interés del escenario, la Plaza del Callao, y la importancia del sombrero y de su uso social... y político. No es gratuito ni baladí que recordemos ahora que signos por él escogidos como la camisa azul, azul obrero, «azul de Vergara», expresión de una



ideología que ponía el trabajo como uno de los grandes valores, no eran disfraz de guardarropía. Está claro que la boina también sustituyó al sombrero y que, personalmente, José Antonio, antes de plantearse el uniforme de los falangistas, ya era conocido por ser «antisombrerista» y «antigabanista»... de toda la vida. Tiene mérito porque el hijo del dictador Primo de Rivera,

debía, y podía, lucir su palmito desde los tiempos de bachiller en el Instituto Cardenal Cisneros y, luego en la Universidad de la calle San Bernardo.

Calle de San Bernardo

La todavía entonces conocida como la calle Ancha, era una calle que se las traía... En las aulas no había muchas mujeres, pero a lo largo de la Ancha, proliferaban importantes palacios y mansiones donde no sólo las señoritas... hasta las doncellas estaban de muy buen ver.

Dos palacios atraían la atención de los estudiantes y, sin duda, la curiosidad y el interés de José Antonio. El del multimillonario Iturbe, que frecuentaba el rey, y que estaba de moda desde que la bella Piedita, una de las hijas, había contraído matrimonio con un Hohenlohe, grande entre los grandes del Gotha, los nobles «por derecho divino». Si Piedita hubiera tenido diez años menos o José Antonio diez años más, el hijo del dictador hubiera rondado a la que fue madre de Alfonso de Hohenlohe, o sea reina madre en el reino de Marbella. El calendario también, en este caso por jóvenes, impidió que José Antonio cortejara a otras dos hermanas malagueñas bellísimas, las hijas del doctor Gálvez que, antes de la guerra, se casaron con los dos caballeros más admirados de las tropas nacionales: los laureados pilotos Carlos Haya y Joaquín García Morato, ambos de la quinta de José Antonio; Joaquín con un año más y Carlos con un año menos.

Amiga de las Gálvez, otra malagueña destacada falangista de primera hora, era la escritora Mercedes Formica. Mercedes, a su vez, gran amiga de Carmen Werner, malagueña también, y considerada la «más novia» o la novia «oficial» de José Antonio y a quien, en la primera exhumación de su cadáver se le dio la medalla religiosa que el fundador de Falange llevaba en el ataúd.

Tras este repaso a las mujeres, malagueñas, que José Antonio conoció como correligionarias, volvemos a la Calle de San Bernardo, al palacio que estaba -y está- enfrente de la Universidad. Ahora es Escuela Superior de Canto, pero fue la residencia de la familia Bauer que en las primeras décadas del siglo xx y hasta los años cuarenta desempeñó un papel importantísimo en las finanzas españolas con su fortuna y los capitales del lobby judío internacional que gracias a Bauer y a su familia, la gran familia Rothschild, resolvían las necesidades económicas de nuestro país.

Entonces, después y siempre fueron célebres, tanto o más que por su dinero por su belleza, las mujeres Bauer. ¡Tan poco tiempo y tanto que hacer! Diría José Antonio ante tantas opciones en todos los terrenos. Pero no abandonemos a los Bauer porque nos aguardan en la calle del Príncipe. Allí les encontraremos cuando vayamos con José Antonio al Teatro de la Comedia.

Conde Duque y Palacio

Nunca se alejó mucho José Antonio de la calle de San Bernardo de Madrid, ya que finalizada la carrera, siguió en relación con la Universidad

y, sobre todo, con el tan cercano Cuartel de Conde Duque, que durante mucho tiempo hubo de frecuentar como oficial de los Húsares de la Princesa. Conde Duque le permitirá seguir próximo a la Plaza de Oriente y al Palacio Real y, también, en otra dirección. A través de Areneros, José Antonio se asoma a una demarcación que se ha puesto muy de moda al final de los años veinte y al principio de los treinta. Ahora nos aproximaremos a la calle de la Princesa. Pero...



perdónenme un momento.

Al haber mencionado al Palacio Real hemos recordado cómo José Antonio, gracias a su servicio como oficial de Húsares, fue testigo de excepción de los últimos meses, semanas, días y hasta horas del reinado de Alfonso XIII. El día 14 de abril de 1931, José Antonio hizo la guardia de Palacio hasta las seis de la tarde. Pero permaneció vigilante y pudo constatar que esa noche solo quedaron en Palacio diez alabarderos que no dispararon ni un solo tiro a la masa vociferante que rodeaba el Palacio. De haberlo hecho se habría producido, sin duda, el asalto y las turbas habrían terminado con la familia real.

Estamos tan cerca de la Puerta del Sol que podríamos adentrarnos en la Calle del Arenal. Pero será después. Hemos prometido visitar el Barrio de Argüelles. Estamos a un paso si vamos por Ferraz a través de la Plaza de España, en donde se acababa de inaugurar en 1929 el monumento a Cervantes, obra de Coullaut Valera...

Ferraz ya era Ferraz y estrenaba actividad política. Como Rosales, el paseo que habían escogido una infanta muy querida, «La Chata», y Rafael Alberti y María Teresa León y donde había ido a vivir una española muy famosa: la maharani de Kapurthala, que moriría en Rosales en 1962.

Argüelles

¿Habían bajado ya en 1931 Alberti y María Teresa al espléndido piso de Rosales o continuaban todavía en Princesa, en la zona de la Casa de las Flores?

La Casa de las Flores construida en 1931 había catalizado el interés de los modernos, los progresistas o los famosos. Tras Neruda, que vivía en la Casa de las Flores, o Alberti... se movieron a esa calle desde Emilio Carrere que se instala frente al Barrio de Pozas, hoy Corte Inglés, a toreros de moda como Rafael Albaicín o el propio Pedro Chicote que, en vez de quedarse en la Gran Vía, cerca de su bar que en cuatro días se ha convertido en el establecimiento más popular de la ciudad, no resiste la tentación de ir a vivir con su madre cerca de la Casa de las Flores.

José Antonio ignora aún que en ese tramo Princesa, desde Buen Suceso y el barrio obrero más «inglés» del continente, el Barrio de Pozas, hasta la Moncloa, va a pasar dos de los tres días más tristes de su existencia: con el de su muerte de Alicante, esos días serían el día que mataron a Matías Montero, el primer mártir de la Falange, en la calle Álvarez Mendizabal, cuando el joven estudiante se dirigía a su casa en la calle Marqués de Urquijo, y el día de su ingreso definitivo, en el mes de marzo de 1936, en la Cárcel Modelo, al final de Princesa, donde hoy se levanta el Ministerio del Aire.

Un apunte más sobre Argüelles antes de volver a Opera/Arenal... Entre el Palacio de Liria y Rosales, entre Plaza de España y la Moncloa, hay que registrar una actividad especial producida por sus residentes. En la calle Álvarez Mendizabal ya nombrada todavía tenía su casa Pío Baroja. Y acababa de llegar un vecino que daría mucho que hablar. A cien metros de Baroja, Escrivá de Balaguer funda y pone en marcha el Opus Dei con jóvenes de la edad de José Antonio. Por ejemplo, el ingeniero Isidoro Zorzano, que tenía 28 años en 1931, igual que el fundador de la Falange. ¿Conoció José Antonio a Escrivá de Balaguer? ¿Tuvieron noticias ambos de la otra fundación que, al tiempo de la suya, se estaba produciendo en Madrid? ¿Cuál fue entonces y después, terminada la guerra, la relación de Escrivá con la Falange o la opinión de José María - ahora San Josemaría- sobre el Movimiento? Sospecho que el profesor Escudero o Miguel Ángel Aguilar, tendrán datos sobre este particular.

Calle del Arenal

Primo de Rivera no creemos que fuera un veinteañero demasiado «piadoso». Por ejemplo, y vamos a la Calle Arenal que frecuentó, no por vivir una temporada en la calle Mayor, 71, sino por su amistad con Raimundo Fernández Cuesta. Raimundo Fernández Cuesta, amigo del alma, casi desde la adolescencia, vivía en Arenal frente a San Ginés. Pero frecuentaban más que la histórica

iglesia los abundantes salones de billar que había en las inmediaciones. Luego, dejaron los billares e iban a bailar. No era mal bailarín José Antonio y la prueba es que no renunció a lucirse con el tango o el fox cuando se inauguró la sala de fiestas más moderna y bonita de Europa que era «Casablanca», proyectada por Gutierrez Soto en la Plaza del Rey, tras el éxito que obtuvo el joven arquitecto con el edificio Capitol.

Sorprende no la doble personalidad sino la versatilidad de nuestro personaje que unía la seriedad en lo profesional, en la actividad política y qué decir en el mantenimiento de sus principios, con el desenfado y el buen humor con que se sobreponía a cualquier adversidad. Sus entrevistas con periodistas demuestran, a través de sus respuestas, que poseía el gracejo andaluz de su padre, la sorna riojana de su madre y los desplantes madrileños, con arrogancia y descaro, que pudo aprender cuando residió en la calle Magdalena, junto a Tirso de Molina, entonces la Plaza del Progreso, en los años en que allí vivía nada menos que Valle Inclán.

José Antonio aristócrata, sin remilgos e igual de cómodo en el barrio Salamanca que en Lavapiés. En la Cava Baja, cliente asiduo del Mesón del Segoviano (hoy Casa Lucio), y amante de las tabernas castizas como la Cruzada, la única superviviente de las que conoció Larra y que también visitaba, de incógnito, Alfonso XIII.

Popular, casi retrechero -como el monarca-, José Antonio en la calle del Arenal claro que conoció a Celia Gámez que triunfaba como vedette de revista. La que contestó al «No pasarán» de La Pasionaria con un «Ya hemos pasao», me contó que sí conoció a José Antonio antes de 1930, cuando el hijo del dictador tenía veinticinco años y ella veintitrés, recién llegada de Argentina y estrenaba «Las castigadoras».

Pero después de algunas noches en el palco y de enviarle flores al camerino... «fuese y no hubo nada».

Calle muy transitada la calle del Arenal, aquí encontramos a un asiduo: Rafael Alberti. Según Gregorio Prieto, el poeta con el que, a diferencia de lo ocurrido con Federico, no coincidió demasiado José Antonio, paseaba mucho por San Ginés en el 27 y en el 28, ya Premio Nacional de Literatura por su *Marinero en tierra*, con algún dinero, sin la enfermedad que le iba a perturbar, sin haber perdido la fe y sin haber encontrado a María Teresa. Este apunte viene a cuento porque en ese instante Alberti, casi de la misma quinta de José Antonio, hubiera congeniado con su casi paisano, pero «no terció», como dirían en Cádiz.

Puerta del Sol

No era fácil para el joven abogado de éxito, y sin problemas económicos, sustraerse de una relación social que le conducía a restaurantes caros como el «Rimbombín», de la calle Concepción Arenal, o a las fiestas y recepciones en el Savoy y en el Ritz. Pero el mismo José Antonio que organiza las Cenas de Carlomagno, en el Hotel de París, de la Puerta del Sol, con smoking y candelabros de plata; con sopa de tortuga y faisán en el menú, en las fiestas navideñas... es el mismo que días antes, cuando en diciembre de 1933 sale a la calle el primer número del periódico *FE*, se pone a vocearlo y venderlo en la puerta del café Flor, que estaba en Sol, frente al Hotel de París. Allí mismo vendería José Antonio, en marzo de 1935, el semanario *Arriba*. Y en un par de mítines de la Puerta del Sol se subiría a los andamios, como los «indignados».



Calle del Príncipe

Como estamos cerca de la calle del Príncipe, y ahí está el Teatro de la Comedia, donde el 29 de Octubre de 1933, José Antonio pronunciaría su discurso fundacional, vamos a encaminarnos hacia allí. De la Puerta del Sol a la Plaza de Canalejas, por donde accederemos a Príncipe, median no más de doscientos metros. En el camino podemos recordar las acusaciones de las que fue objeto el periódico *Arriba* considerado, entre otras cosas, de «antisemita». Uno de los motivos era el trato que el periódico dedicó en uno de los primeros números a los almacenes SEPU, críticas sobre el bajo salario que recibían los empleados, y que nada tenía que ver, como se dijo, a que los propietarios del negocio eran judíos.

Otro tipo de comentarios antisemitas que se adjudicaron a *Arriba*, y que sin duda los hubo con ocasión de los primeros brotes de persecución que se produjeron en Alemania en el año 35 -ya que en el 36 fue cerrado el periódico- pueden ser minimizados casi satirizados tal y como lo hizo Ismael Herraiz... Ismael, redactor, corresponsal, redactor-jefe y director de *Arriba*, en cierta ocasión y sorprendido de cómo, en los años en que fue corresponsal en la Alemania nazi, no fue molestado decía «es sorprendente porque... ¡llamándome Ismael y procediendo de una de las regiones de España donde todo el mundo había sido judío-converso...!».

Tal y como les habíamos prometido, en este momento y al comienzo de la calle del Príncipe nos aguarda Bauer, el banquero judío al que hemos conocido en el cruce de San Bernardo con la calle Pez, donde está el que fue su palacio.

Bauer tuvo mucho que ver con esta calle donde se encuentra el Teatro de la Comedia y donde José Antonio «fundó» la Falange. A pocos metros del Teatro, en la acera de enfrente, en el número 5, estaba el 29 de octubre de 1933 la sinagoga de Madrid. Primera sinagoga que se abrió en la Villa y Corte desde el siglo xv. Pues bien, esta sinagoga llamada «Midrás Abarbanel», se levantó gracias al dinero y a la influencia de Ignacio Bauer, que fue el primer presidente de la Comunidad Judía de España

desde 1920 a 1952, a quien conocía de sobra José Antonio. Porque el día 29 fue domingo, pero de haber sido sábado los falangistas se hubieran encontrado con toda la comunidad judía en la calle del Príncipe. No hubiese habido problema porque en la Falange, como me dijo un día Giménez Caballero abundaban, como en todo el censo de media España, los descendientes de judíos conversos... Sin ir más lejos, él mismo, Giménez Caballero, el más próximo a los jefes del



Tercer Reich, era gran admirador de los judíos. Y Don Claudio Sánchez Albornoz me comentó un día que Giménez Caballero «será "marrano", como todos los discípulos de Américo Castro. Su fisonomía no puede ser más sefardita».

El propio José Antonio, por parte de madre, si nos atenemos a los apellidos de Casilda Saénz de Heredia y, también Tejada, ambos son más que riojanos de Alfaro, puros cameranos, o sea muy «sefaradís», y de ello presumieron en Málaga los paisanos de Mateo Práxedes Sagasta, los Larios y los Heredia, naturales de Torrecilla en Cameros.

Acusar de antisemita a la Falange no es justo cuando era Kipling, judío y masón, y su «If» una de las grandes devociones de José Antonio: anglófilo no sólo por Kipling sino por otro de sus personajes más admirados, Baden-Powel, el creador de los Boy Scouts. El respeto, y el afecto, de

José Antonio por los judíos, era otra herencia que le dejó su padre. Fue don Miguel Primo de Rivera, el dictador, quien el día 20 de diciembre de 1924, autorizó la concesión de la nacionalidad española a los sefarditas. Era la primera vez que se decretaba tan generosa medida que ahora es silenciada y olvidada cuando la democracia presume de hacer algo sin precedentes.

Cibeles

A José Antonio, por cierto, era más fácil verle en Madrid en «Pidoux» o «Cock» que en las cervecerías alemanas. La historia de «Bakanik» es... otra historia.

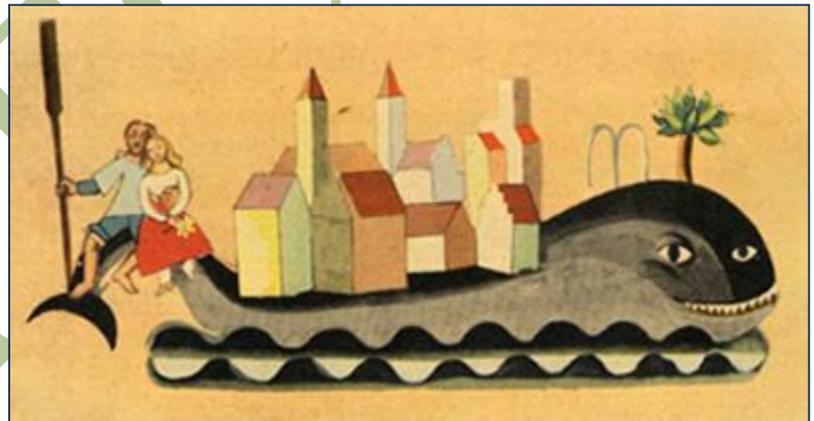
«Bakanik» nos conduce a otra área muy recorrida por José Antonio: la de Cibeles. Como las páginas de un libro, aquí la par sería el famoso bar «Bakanik» de la calle Salustiano Olazaga – riojano también y... ¡vaya personaje!– y en donde dicen que José Antonio estaba a todas horas. Ya sería menos...

Local para la gente bien del barrio Salamanca, donde había que ir como en la posguerra la gente de la calle de Serrano iba al café Roma. El joven abogado, con bufete abierto, tenía que ir donde podía encontrar clientes. Pero no es cierto que fuera allí a matar el tiempo o de tertulia. Su tertulia preferida estaba a cien metros del «Bakanik» en el Lyon. Este café de la calle de Alcalá, 59, era la página impar de la actividad joseantoniana en la zona de Cibeles. En el sótano del Lyon estaba «La ballena alegre» donde los falangistas se median con sus adversarios políticos y polemizaban con anarquistas y socialistas y no sin cierta camaradería discutían en un tono que pronto se perdería, tanto que fue necesario hablar no sólo de puños y de pistolas sino de ser necesario un «alzamiento militar».

Las tertulias de la Ballena Alegre han vuelto a celebrarse y acuden, ochenta y cinco años después, ya octogenarios y septuagenarios, los hijos de quienes estuvieron en esa catacumba de los primeros falangistas, ahora cripta donde descansan los restos de tantos ideales.

Barrio de Salamanca

No demasiado trasnochador, desde Cibeles José Antonio podía volver a casa dando un paseo cuando vivía en Serrano o en Juan Bravo. No lo hacía, muy a su pesar, por razones de seguridad. Entre los atentados que sufrió hay uno del que, gracias a la entrevista que le hizo una hora después César González-Ruano, ha quedado testimonio del valor, del talante y del sentido del humor de José Antonio.



La ventaja que podía tener José Antonio viviendo en Serrano, 88, o, a la vuelta, en Juan Bravo, 2, es que estando al lado del periódico *ABC*, los periodistas no tenían que molestarse mucho para seguir sus pasos o solicitarle entrevistas.

Si Serrano, 86, fue su último domicilio... o sea, donde pasó la última noche en la que durmió en una cama y de donde salió para no volver... esta casa, que ya no existe, tenía un valor extraordinario. Pero no lo tenía menos la de Juan Bravo, 2, que se conserva tal y como era en los años veinte, recién construida.

La presencia de José Antonio en esta calle pudo no ser casual. Cincuenta metros separaban el número 2 de Juan Bravo del número 6, actual sede de la Asociación de la Prensa de Madrid, y antes residencia de Niní Castellanos Mendiville, novia y prometida de su padre, el General Primo de Rivera, viudo durante veinte años, y que en 1928, a punto estuvo de casarse con el dictador y convertirse así en madrastra de José Antonio.

Qué duda cabe que Niní y José Antonio tuvieron que cruzarse muchas veces en la acera. Si llegaron a visitarse y conversar sobre una cuestión que si interesaba al país, mucho más a ambos: a ella, la prometida del general y a él, el hijo mayor del novio y brillante abogado, es algo que se desconoce. Como se ignora si la opinión de José Antonio pudo disuadir a su padre de la decisión de contraer matrimonio que ya estaba tomada por el general. Así se desprende de la entrevista con Niní que en *Estampa* publicó Cesar González-Ruano el día 20 de abril de 1928, en la semana en que José Antonio cumplía 25 años.

No se sabe. Porque las paredes no hablan. Ni las paredes del palacio del número 6 que habitó Niní han hablado, a pesar de ser ahora las paredes del palacio de los periodistas, ni tampoco habló González-Ruano, buen amigo de José Antonio por razones de admiración y también de vecindad y bautismo. Nacieron a cien metros, separados por la Plaza de París y con sesenta días de diferencia y fueron bautizados en la misma pila y el agua del mismo caño en Iglesia de Santa Bárbara, donde por cierto se celebró el funeral por José Antonio.

Lo que ocurrió en la calle Juan Bravo y la verdad de la historia de Niní Castellanos es un secreto. No es el único que aparece en la vida de José Antonio Primo de Rivera. Una vida en la que puede haber secretos pero ni misterios, ni enigmas.

Bueno, quizás el único enigma sea si el tan madrileño, y vecino que fue de Chamartín, ya que vivió en el Paseo de la Habana, fue madridista... o atlético, «merengue» o «colchonero». No tendría importancia. «Colchonero» fue hasta Santiago Bernabeu que, en 1920, cuando José Antonio tenía 17 años, dejó el Real Madrid y llegó a jugar con el Atlético de Madrid. Aunque luego el hijo pródigo volvió a Chamartín y llegó a ser el padre del Real Madrid y de todo el «madridismo». Y hay que reconocer que el Real Madrid se lo ha agradecido y se ha portado bien con don Santiago.

¿Se ha portado bien Madrid con José Antonio Primo de Rivera? Porque José Antonio es uno de sus grandes hijos y que, como hemos podido ver, a pesar de su corta vida vivió, amó y sintió Madrid tanto como a España. ¡Que no es poco!

Parece que no. Le dedicó la Gran Vía, pero ni una estatua, monumental o sencilla. Sólo dos placas: una en el Teatro de la Comedia, que acaban de quitar, y la de la casa en la calle Génova, donde vino al mundo.

Después de seguir sus pasos madrileños, con cariño y con respeto, casi con unción... nos atrevemos a pedir le sea concedido el título que más le gustaría: el de «hijo predilecto» de la Villa donde nació. Seguro que el Ayuntamiento, el actual o el próximo, se lo concederá de buen grado. Así sea.